



**No sé por qué orgulloso motivo  
neciamente decidí  
ser juez y parte todo un día,  
así no más, porque sí.**



**Martillo en mano, me dispuse a medir y examinar a todo el que se cruzase por aquel lugar.**

**No me sorprendió para nada que la vasta mayoría no fuese bien educada; que muy pocos se mostraran compasivos, bondadosos o aunque sea algo atractivos, sino groseros y odiosos, fríos y vengativos.**





**Ya imbuido en el asunto comencé a etiquetarlos, cosa que conseguí al punto, casi, en verdad, sin pensarlo. Les cuento muy orgulloso, —con la humildad que me caracteriza— que tras compararlos conmigo, con absoluta justicia, los fui encasillando uno a uno donde sin duda encajaban según sus imperfecciones, al tiempo que les anunciaba mis brillantes conclusiones:**



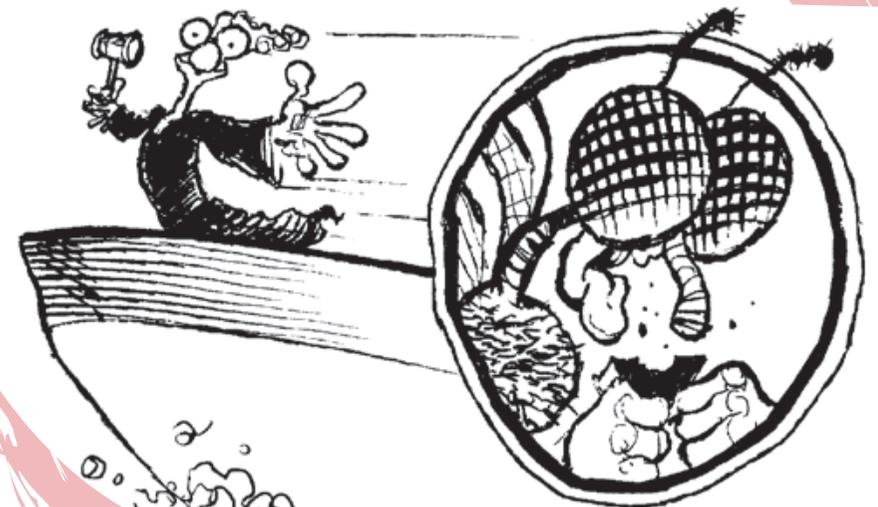
**«Estos de acá no se encuentran ni a mi altura ni a la vuestra, y este otro, que aunque muy bueno parezca,**

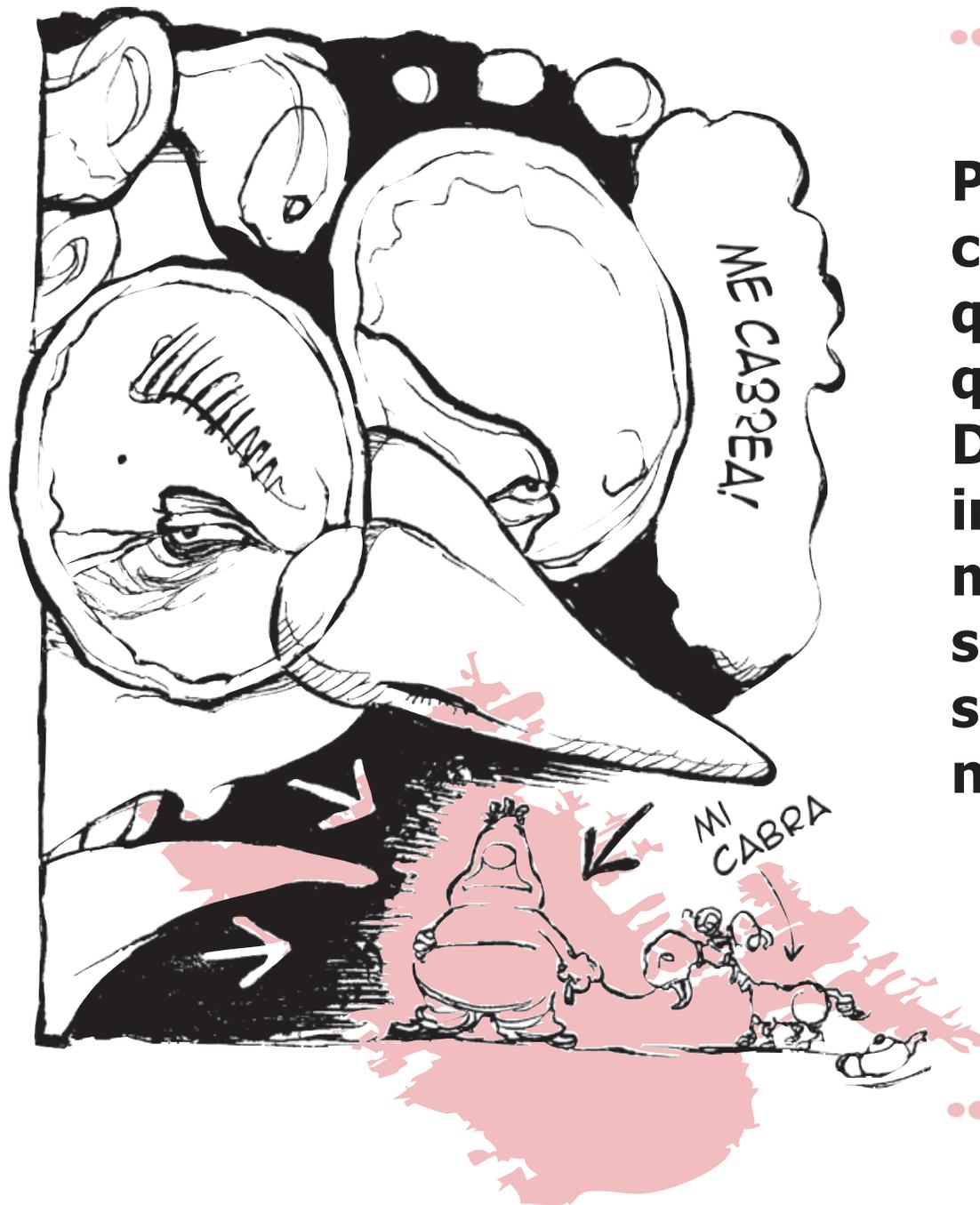
**mirándolo más detenidamente queda muy claro, en efecto, que adolece de tino y que tiene mil defectos».**



**Me saltaban a la vista todos los pecados ajenos. Disfrutaba de pasar revista, de juzgar hasta al más bueno.**

**Con cada fallo que emitía me daba la sensación de que juzgar a mis semejantes me hacía verme mejor.**





.....

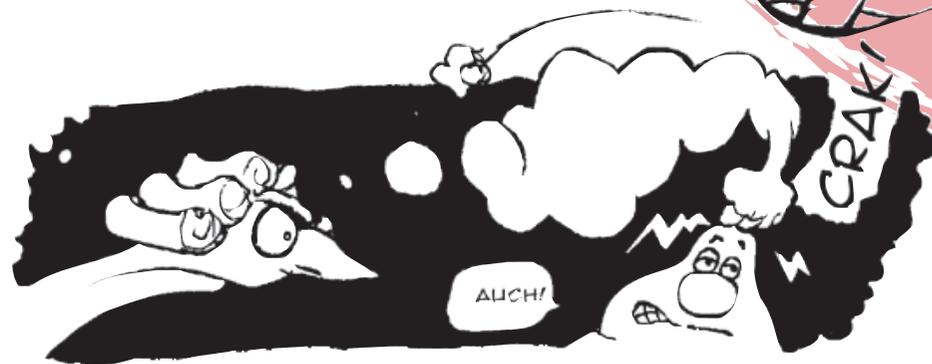
.....

**Pero sucedió que entonces, cuando menos lo esperaba, que conocí a cierto hombre a quien juzgué el peor canalla. De solo verlo acercarse me invadió la indignación, me molestaba su aspecto, su mala disposición, no soportaba su aliento ni el tono de su voz.**

.....

.....

**No importaba lo que hiciese,  
todo lo hacía muy mal;  
sus ropas no combinaban, se vestía fatal.  
La forma en que caminaba,  
cada frase que decía,  
todo era insoportable  
o así me lo parecía.  
Sin más lo calificué  
como un desastre completo,  
pues hiciese lo que hiciese  
iel hombre no tenía remedio!**





**Hasta que soñé una noche que moría y me iba al Cielo. Al acercarme a sus puertas, para mi gran desconsuelo, quien me esperaba allí era nada más y nada menos que aquel hombre ruin, canalla, despreciable y sin agallas, que nunca daba la talla.**

**¡Aún mayor fue mi sorpresa cuando Jesús, sin más, con sonrisa traviesa se quitó aquel disfraz! Y me dijo: «Ahora te toca examinar tus propios actos, que te juzgue tu propia boca por la forma en que me has tratado».**



**Lo único que sé, amigos míos,  
es que desde aquel momento  
ya no he vuelto a ser el mismo  
y que hasta hoy yo me arrepiento  
de mi orgullo y mi soberbia,  
y de aquella mala hierba  
que sembraba en mi camino  
sin darme cuenta del daño  
que causaba a mis vecinos.**



**Hoy quiero amar a mi hermano,  
cerrar tan nefasto episodio  
y reemplazar con bondades  
todos mis juicios de odio.  
¡No quiero llegar al Cielo  
para sufrir tal oprobio!**

